

NATURALEZA DE LOS FENOMENOS FOLKLORICOS

P O R

Augusto Raúl Cortázar

ES difícil compromiso tratar de resumir en ceñido espacio lo que expuse en un libro; pero lo intentaré, estimulado por la invitación a colaborar en una publicación chilena. En Santiago y Valparaíso hablé, durante mi visita a Chile, de estos mismos temas, con colegas y alumnos de la Escuela de Verano y de la Comisión de Renovación Gradual de la Enseñanza. Tales momentos se cuentan entre los más gratos e inolvidables de mi vida.

El análisis científico de la realidad folklórica permite confirmar la impresión inmediata de su naturaleza fluente. En efecto, no es posible concebirla como un conjunto rígido y estático, sino como un perpetuo devenir; corriente sin cesar cambiante y no anquilosado tesoro que cada generación deba entregar intacto a la que siga. Su mérito no reside en una especie de momificación milenaria, sino en el lozano vigor con que renueva sus elementos sin diluir sus valores ni alterar la esencia de su carácter. Nada es folklórico de por sí, gracias al solo hecho de existir; para alcanzar aquella condición debe «llegar a ser», «convertirse en» folklore, el cual aparece así como un fruto logrado, vale decir, como término armónico de un largo proceso, al que he denominado «de folklorización».

Consta el proceso de «folklorización» de diversas y variadas etapas. El punto inicial de la trayectoria es siempre una manifestación o iniciativa *individual* originaria. Un descubrimiento, una invención, la imitación de algo foráneo, convierten a un sujeto determinado en centro de un sistema de ondas difusoras, ya se trate de cosas materiales o tecnológicas, ya del adorno de su vestimenta, del episodio de un cuento o de la poética metáfora de una canción de amor. Si las condiciones ambientales (físicas, psicológicas, sociales), lo consienten, las ondas se propagan y el nuevo bien llega a adquirir vigencia, es decir, se *colectiviza*. Si por el contrario no se trata sino de meras particularidades individuales, de alcance puramente personal, debe desechárselas como datos folklóricos y excluirlas de la documentación técnica. Se llega a esta colectivización mediante la adquisición y transmisión *empírico-inductiva* del conocimiento folklórico, es decir oralmente, por la palabra, el gesto, el ejemplo, la imitación de lo que se ve hacer a los demás. Si el fenómeno demuestra aptitud *funcional*, si satisface una necesidad colectiva (bio-

lógica, económica, estética), llegará a arraigar en el complejo cultural y andando el tiempo se *tradicionalizará*. Y entonces, y sólo entonces, adquirirá categoría de folklore. Con esta otra consecuencia: al término de este largo proceso, resulta siempre *localizado*, propio de un lugar circunscrito de la tierra, y, por lo tanto, su expresión más típica y característica.

Después de muchos años de investigaciones folklóricas sobre el terreno, no escasa lectura y cuidadosa meditación, he procurado dar respuesta a la apremiante pregunta: «¿qué es folklore?». En diversos trabajos intenté demostrar que es el cúmulo de fenómenos que cumple lento proceso de asimilación en el seno de ciertos sectores humanos que llamamos «pueblo», deslindables dentro del ámbito de la sociedad civilizada contemporánea; constituye un complejo cultural que tiene manifestación en todos los aspectos de la vida popular; se adquiere y difunde por vehículo de la experiencia, traslucida en la palabra y el ejemplo; se colectiviza y logra vigencia merced a su condición funcional de satisfacer necesidades biológicas e instrumentales; adquiere la plenitud de su sentido (sea remota supervivencia o transculturación reciente), cuando perdura, tradicionalizándose a través de generaciones y esfumando su origen tras recatada anonimia; por fin, como resultado de esta lenta maduración, que se cumple con sosegado ritmo secular, aparece típicamente localizado por el inevitable influjo de la naturaleza inmediata, que sustenta y circunscribe la vida del conjunto.

En consecuencia, si las expresiones folklóricas aparecen dondequiera engranadas en un conjunto cultural cuya unidad no es arbitrariamente seccionable; si cada una de aquéllas es folklórica, por haber demostrado a través del tiempo su aptitud para satisfacer, empírica y tradicionalmente, determinada necesidad colectiva; si tales necesidades, biológicas o psíquicas, se matizan y configuran por la acción compleja del paisaje; en una palabra, si los fenómenos folklóricos son funcionales y localizados, el *método* por medio del cual se pretende captarlos, debe tender a enmarcar geográfica y culturalmente el ámbito de la investigación y a documentar luego dentro de tales límites, no una especie o manifestación aislada de ese conjunto, sino todas las expresiones de carácter folklórico recolectables. En resumen, la investigación resultará *geográficamente circunscrita y folklóricamente integral*. De allí que mi personal enfoque de la documentación folklórica sea decididamente integralista; me he esforzado por exponer este punto de vista en medio centenar de trabajos publicados, en conferencias y cursos. Fundamenta esta

tesis no sólo una razón causal: la funcionalidad de los fenómenos folklóricos, sino también un motivo teleológico: la suprema finalidad de aprehender lo más recóndito, lo más propio y auténtico del folklore en estudio. Los grupos humanos que examinemos con este enfoque, acaso nos confíen el secreto de sus motivaciones más íntimas y así llegaremos a saber cuál es su imagen del mundo, su concepto de la vida y de la muerte; comprenderemos qué impulsos mueven sus acciones y qué temores las paralizan; dónde residen sus destrezas y cómo se satisfacen sus necesidades; cuáles son sus vicios y defectos y si hay acaso virtudes redentoras; gustaremos del desahogo estético de su alma y ahondaremos en el misterioso repliegue de su magia; en fin, en una palabra, procuraremos captar desde el rasgo señero de su vida colectiva hasta la proyección de su alma en el mundo sobrenatural.

Logrado este objetivo, se puede trascender del ámbito escuetamente científico para cumplir la finalidad patriótica de conocer a fondo, sin prevenciones ni sentimentales arranques, núcleos humanos que constituyen la nación, dentro de cuyos dilatados límites hay muchos compatriotas a quienes sentimos como extranjeros porque son exóticos para nosotros mismos sus modos típicos de vida. Y más allá todavía. Para la ciencia no hay fronteras. Cuanto más profundicemos el examen de un caso, más lo vincularemos con la unidad indisoluble de la cultura humana, proteiforme pero eterna, localizada pero universal. Y así también, universal y eterno es el folklore, expresión quintaesenciada de la potencia espiritual del hombre.